proporciones tan gigantescas, que no se ha atrevido nunca á destruir con sólo una plumada, como hubiera podido hacerlo, aquella república de Andorra, aquel Paraguay, que puede ser con el tiempo, y libre de los lazos que la oprimen, la perla de los Estados, la joya preciosa de la República y el emporio de la agricultura, del comercio y de la minería.

Cubierto por magníficos bosques de maderas preciosas y de construcción, regado por caudalosos ríos, cruzado doquiera por gruesas y robustas venas de todos los ricos metales; sembrado de criaderos de esmeraldas, de granates, de ágatas, de rubíes, de topacios y de diamantes; poblados sus bosques por tigres y águilas; feraces sus tierras, con esa exuberante vegetación del mundo en los tiempos del Génesis, y teniendo en sus costas los más hermosos puertos del Pacífico, el Estado de Guerrero sólo espera la llegada de un Mesías que le diga como Cristo al paralítico: *Levántate y anda...*

Pero los años pasan, y los cedros caen de vejez en los bosques, y los ríos profundizan sus cauces, y los vientos del mar arrojan sobre las azucenas de las playas desiertas las arenas que sepultan: y las palabras divinas no resuenan aún sobre aquella tierra de promisión.

IX

El secreto de la tía Úrsula

ALEJANDRA no acudió á la cita que le había dado la tía Ursula: en vano la buena vieja hizo más viajes al arroyo de los que necesitaba, y acarreó tanta agua como si tratara de apagar el incendio de su casa.

La mañana se pasó sin haber visto á la muchacha, y llegó por fin la tarde de aquel día, y la tía Ursula iba creyendo ya que no vendría Alejandra, cuando la vió cruzar delante de su casa.

La Flor de la Costa, como la llamaban los mozos del pueblo, no iba alegre y cantadora como la víspera; melancólica y distraída, caminaba como instintivamente, sin contestar un saludo, y sin volver siquiera la cara al jacal de la tía Ursula.

La vieja salió precipitadamente en su alcance, y á pocos momentos caminaba ya á su lado.

—Hija mía, toda la mañana te he esperado: te dije ayer que tenía que hablarte de una cosa importante, y anoche he soñado tanto, que antes de que saliera el sol ya no podía dormir; soñaba que me moría, que me llevaban al cementerio, y que no podía decirte este secreto que puede importarte mucho. ¿Qué te ha sucedido? ¿qué tienes? ¿por qué no viniste hoy en la mañana? No me contestas...estás distraída, ¿estás enferma?

—Sí, tía Ursula, contestó Alejandra, estoy enferma: apenas he dormido anoche; mé duele la cabeza, me siento mal, muy mal.

—¡Ave María Purísima! serán las calenturas: es preciso curarte, curarte pronto; yo me iré esta noche á tu casa.

—No hay necesidad, tía Ursula, esto no ha de ser nada, nada; y creo que mañana ya estaré buena. ¿Sabe usted que mañana tenemos que salir?

—¿Salir?... ¿y para dónde?

—Tenemos que hacer un viaje á Morelia: mi padre dice que tiene allí un negocio importante.

—¿A Morelia? Hija, Dios lo dispone todo: ahora más que nunca es necesario que yo te diga un secreto: siéntate aquí sobre este tronco.

—Pero, tía Úrsula, si me esperan en casa: no puedo tardar, tal vez me regañen.

—No importa, el negocio de que tengo que hablarte, es el último encargo de Andrés; te lo diré muy pronto, y ahora mismo, porque el corazón me dice que tú te irás y no nos volveremos á ver nunca.

Alejandra se sentó maquinalmente sobre un tronco de palmera, y la vieja se colocó á su lado.

En aquel momento pasaba á corta distancia de ellas y caminando hacia el arroyo, la mujer del herrero.

—¿Tú sabes, Alejandra, comenzó á decir la tía Ursula, quién era tu padre?

A una pregunta tan intempestiva y sobre una materia que en aquel momento tenía enteramente preocupado su espíritu, la joven se sintió como sorprendida en el misterio de su pensamiento, y contestó como respondiendo á sus propias reflexiones:

— Todo lo sé.

— Pues bien, continuó la vieja, no hay que hablar de eso, no hay que hablar de eso ya. Andrés era un hombre de buen corazón, y la suerte de tu padre y la de Margarita y la tuya le afectaban sobremanera; no estaba en su mano remediar aquellas desgracias, pero él tenía un secreto que quiso dejarte como una herencia para remediar parte del mal, al que había contribuído tan inocentemente.

Tú sabes que mi marido sirvió en la guerra de la Independencia: pues bien, hubo una vez en que yo no sé cómo ni por dónde nuestras tropas fueron completamente derrotadas: Andrés andaba entonces en la escolta de la Comisaría del señor Morelos. Todo se había perdido: Andrés y otro compañero suyo lograron sacar seis ú ocho mulas cargadas de dinero: eran costalillos llenos de onzas de oro, porque en aquel tiempo el dinero no andaba tan escaso como en éstos; caminaron todo el día y toda la noche, porque los soldados del Rey hacían una persecución muy activa y era necesario ponerse en salvo.

Así llegaron hasta la orilla del río de las Balsas, pero les fué imposible pasar: el río estaba crecido, y el temor de las tropas realistas impedía á los barqueros atravesarle.

Reconocieron el lugar en que se encontraban: era precisamente el balseadero que queda en la orilla opuesta del pueblo de Zirándaro.

Andrés y su compañero se pusieron á reflexionar: atravesar el río era imposible, volver atrás era caer irremisiblemente en manos de las tropas españolas; y ¿cómo ocultarse en el monte, llevando aquellas mulas y sin tener un lugar seguro donde permanecer? Era, pues, preciso ocultar aquel dinero y conducir á las mulas tan lejos que no por ellas se pudiese entrar en sospechas.

Así determinaron hacerlo: caminaron entonces desde allí en la misma dirección de la corriente, y sin dejar la margen derecha del río, hasta cosa de media legua: allí encontraron una ziranda inmensa, y al pie de este árbol determinaron depositar su carga. A cada uno de los lados de aquella ziranda crecía una palma; creeríase que la naturaleza se había empeñado en poner allí aquellas señales para volver á encontrar el depósito.

Con las espadas, con los cuchillos, con algunas estacas de árbol, Andrés y su compañero hicieron en muy poco tiempo una profunda excavación, descargaron las mulas y colocaron allí dentro diez y siete sacos de dinero: volvieron á cubrir, y ya al retirarse, el otro soldado le dijo á mi marido:

— ¿No te parece que sería bueno poner encima aquella piedra grande que está allí?

— No es necesario, contestó Andrés: aquí la hierba crecerá muy pronto, y esta piedra arrancada de su lugar puede llamar la atención.

— No seas flojo, repitió el otro; baja del caballo y ayúdame.

Y acompañando la acción á las palabras, se apeó del caballo y se dirigió á la piedra.

Andrés le imitó: la piedra no pesaba gran cosa, y con pocos esfuerzos comenzaba ya á moverse en su alveo, cuando el compañero de Andrés lanzó un grito y se puso horriblemente pálido, retiró las manos de la piedra y en la izquierda se mecía prendida una terrible víbora de cascabel.

Andrés, sin perder su sangre fría, y comprendiendo lo activo de aquella ponzoña, dió muerte á la víbora y propuso inmediatamente á su compañero cortarle la mano, remedio espantoso, pero el único eficaz en semejantes casos.

El hombre se resistía al principio, pero el frío glacial de la muerte comenzaba ya á apoderarse de su mano con dolores horribles y con una rapidez asombrosa; se armó entonces de resolución, y le dijo á Andrés:

—Corta,—poniendo su brazo sobre la misma piedra que habían intentado mover.

Andrés sacó el machete y descargó un golpe sobre aquel brazo; pero el trabajo de la excavación había acabado el filo del machete, y la emoción y el cansancio habían agotado las fuerzas de Andrés; una ancha herida por donde brotó un manantial de sangre, fué el resultado de aquel primer golpe.

— Corta, — poniendo su brazo sobre la misma piedra...

El hombre dió un grito, pero no retiró su brazo.

—¡Córtame, córtame, decía; córtame pronto! ¡la ponzoña sube, tengo unos dolores insoportables; si no cortas pronto, me muero!

Andrés vacilaba: el soldado, pálido, iba adquiriendo en su rostro sombrío tintes azulados, su boca comenzaba á llenarse de espuma, y con acento desesperado y con voz ronca:

—¡Córtame, decía, que me muero!...

Andrés entonces se sintió como trastornado, levantó el machete y dió otro golpe y otros, hasta que la mano quedó separada del brazo; pero era ya inútil, en vano el herido había soportado aquella bárbara operación; el veneno había circulado por su sangre, y pocos momentos después expiró en medio de una espantosa agonía.

Andrés nada podía hacer, no podía tampoco perder mucho tiempo; y dejando allí el cadáver de su pobre compañero y todas las mulas, volvió á tomar tristemente por la orilla derecha del río, caminando entonces contra la corriente.

Después de esto no le fué posible volver al lugar en que había depositado el dinero: habló de ello á varios de sus jefes, pero nadie le hizo caso.

Poco antes de morir me dijo:

—Cuando Alejandra sea ya grande, confíale este secreto y que haga ella con ese dinero su felicidad y la de sus hijos.

— Ya lo has oído, hija mía: á media legua del balseadero de Zirándaro, río abajo una ziranda, entre dos palmas; no lo olvides: y ahora adiós, abrázame, porque mañana te vas y no nos volveremos á ver.

— Adiós, tía Ursula, rece usted mucho por mí que soy muy desgraciada.

Las dos mujeres se abrazaron llorando, y cada una tomó por su camino.

Poco tiempo después la mujer del tío Lalo llegaba á su casa repitiendo en voz baja:

— Río abajo una ziranda, dos palmas, ¿qué demonios querrá decir esto? ¿por qué no llegaría un poco antes? En fin, veremos si el padre Bernal puede entenderlo.

X

El viaje y el encuentro

Muy temprano, y al amanecer el día siguiente, un movimiento inusitado se advertía en la casa de don Plácido.

Dos criados cargaban fardos de equipaje sobre robustas mulas, mientras que otros tenían del ronzal algunas ensilladas, y entre las cuales se notaban dos que indudablemente debían ser de los amos.

La una era una poderosa mula prieta, con silla y bridas adornadas de plata, con un primoroso tapa-ojo bordado de chaquira que fingía deliciosas flores: tenía en el arzón un magnífico par de pistolas dragonas, y pendiente de la cabeza de la silla una espada con la empuñadura de plata y la vaina de cuero negro bordada de oro y plata. La otra mula era retinta, más pequeña, pero